

Aprendió a ver

Jesús hablando a la gente y a sus discípulos (Mt 23,1-12) les decía que a los escribas y los fariseos les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas, que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame maestros. Cuando leemos el evangelio, habitualmente no nos identificamos con los escribas y los fariseos, y eso ya es un signo de que ellos son un buen espejo donde nosotros no queremos mirarnos. Los escribas, los fariseos y los doctores de la Ley, están en el evangelio para recordarnos que el hombre viejo no está definitivamente muerto en nosotros y que el hombre nuevo es un milagro de la gracia que solo podemos recibir cuando reconocemos que en nuestro corazón persisten demasiadas cosas viejas.

Hace unas semanas me encontré con un texto de Merton que me resulta muy iluminador:

¡Si fuéramos realmente humildes, sabríamos hasta qué punto somos mentirosos! Enséñame a soportar una humildad que me muestre, sin cesar, que soy un mentiroso y un farsante... nuestra humildad consiste en ser orgulloso y saberlo, y en estar abrumados por el insoportable peso de ello, y poder hacer tan poco para remediarlo. (...) La verdadera humildad es, en cierto modo, una desesperación muy real, la desesperación de mí mismo, a fin de poder depositar toda mi esperanza en ti.

Jesús sigue diciendo a la gente y a sus discípulos: «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque solo uno es vuestro maestro y vosotros sois todos hermanos». El hombre viejo, el fariseo que llevamos dentro, no tiene hermanos, solo tiene aliados y adversarios, los que están conmigo y los que están contra mí, los míos y los demás. El hombre viejo es aquel que ocupa el centro y se hace a sí mismo el criterio de la verdad. El hombre viejo vive en la superficie de la dualidad y de la división, proyectando sobre el mundo la guerra que lleva dentro. Aquí nacen todas las guerras, las pequeñas y las grandes. El fenómeno es el mismo, solo la escala es distinta.

El hombre nuevo es aquel que comienza por reconocer que, cuando dice que Jesús es su maestro y cuando llama a los demás sus hermanos, es un mentiroso y un farsante. Solo podemos nacer de nuevo, nacer del Espíritu, cuando reconocemos nuestra división interna, nuestra mentira. El hombre

nuevo no vive apoyado en su supuesta virtud, al contrario, hunde sus raíces en el desamparo que experimenta al confrontarse con los deseos contradictorios que lo habitan, hunde sus raíces en la imposibilidad de salvarse a sí mismo. El hombre nuevo es aquel que se deja abrazar por Dios cuando se siente humillado por su propia mentira.

El hombre nuevo es un orante, porque cuando confrontado con su nada, el grito que le sale del alma rompe con su autosuficiencia. El hombre nuevo es un discípulo porque fue encontrado cuando andaba extraviado, deambulando en la soledad agreste de sus propios proyectos, y el Buen Pastor se hizo su compañero de camino. El hombre nuevo es un hermano porque aprendió a ver detrás de la armadura de su falsa autoimagen el miedo que lleva dentro, y no solo el miedo, pero también el niño libre y espontáneo que jugaba en la calle con sus compañeros hasta la puesta del sol y, en el centro mismo de su ser, dibujado en sus entrañas, el rostro *del más bello de los hombres, en cuyos labios se derrama la gracia*. El hombre nuevo es un hermano porque aprendió a ver en su corazón, a través de la experiencia de la compasión, la belleza y la inocencia de cada ser humano.

El salmo 130, que la liturgia de este domingo nos ofrece, nosotros los monjes lo sabemos de memoria y creo que no es solo porque no es largo. Lo rezamos como tierra reseca anhelando por las aguas frescas y siempre nuevas de la gracia.

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad.
Sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
Espere Israel en el Señor ahora y por siempre.*

<http://www.monasteriodesobrado.org/>